

Francisco sale a caminar sobre la nieve

César Silva Márquez

Meses antes de que comenzara el encierro, recibí una llamada de Francisco y lo primero que me dijo fue “adivina dónde estoy”

No sé, dime, respondí y entonces me contó que se encontraba en Perote, apenas a una hora de Xalapa. Estaba haciendo una investigación para en ese entonces su nueva novela *La sangre helada*.

De esto no supe nada si no tiempo después.

Por aquel entonces (no agregaré fechas porque deseo que de alguna manera eso quede nebuloso, como si acabara de suceder) dijimos que nos teníamos que ver en alguna parte y durante la plática coincidimos en cierto parque temático de Puebla. Hicimos planes, pero la visita se fue aplazando.

Entonces llegó el encierro y las reuniones por Zoom con amigos en común como Iván Farías, Ricardo Viguera, Eduardo Antonio Parra y una docena más de amigos, que nos tomábamos un par de horas para platicar y sobre todo para ver a Francisco. Últimamente estaba delicado de salud. Y es que lo veíamos a través de la pantalla cada vez más flaco y tal vez (adivinábamos algunos) un poco más débil. Porque eso hacía el encierro.

A mitad del encierro llegó *Sangre Helada* y con él recordamos esos días que había estado en Perote.

Nos hubiéramos visto, decíamos. Quién iba a pensar que ahora estaríamos encerrados, agregábamos y hacíamos cuentas

Francisco sale a caminar sobre la nieve

de las pocas horas que uno tenía qué recorrer para visitar Tehuacán donde vivía.

Si hubiéramos sabido, pensaba y por miedo a contagiarlo ni siquiera le decíamos que sería bueno vernos.

Cuando las vacunas llegaron, las cosas se relajaron un poco y ya el encierro hacía estragos entre nosotros. Más alcohol, más roces en medio de la convivencia, más ansiedad en general.

“Adivina en donde estoy”, recordaba que me había dicho casi un año atrás.

Una mañana Magali me comentó que Francisco nos pedía que fuéramos a verlo.

Ya les pagué el hotel y se joden.

Me reí, pero también me preocupé. ¿Y si lo contagiábamos de Covid?

Quiere vernos y creo que es importe, me remarcó ella y pues acepté.

En realidad Tehuacán apenas está a dos o tres horas de Xalapa y la carretera es cómoda y poco transitada. Fue un viaje corto y tranquilo. Llegamos a la hora de comer y el clima era perfecto. Corría un aire ligero y cálido.

En medio de la visita presentamos por Facebook su novela *Sangre helada*. Leí un texto que titulé “Francisco sale a caminar en la nieve”.

Entre otras cosas, lo vi jugar con sus dos perritos y convivir con Lylian y su hija y preparar cocteles y platicar del mundillo literario hasta la noche.

Recuerdo que tomamos mezcal de la región con una botana de gusanos y grillos bastante sabrosa.

Él y yo hablamos de la amistad y de libros el sábado, durante el trayecto a una fonda donde vendían una gran barbacoa. Más que darme consejos, platicaba conmigo. Me trataba con tanta familiaridad. Esa noche, le regaló a mi hijo una pequeña colección de cómics donde él había trabajado. El lunes por la mañana regresamos a casa acompañados de una paz por haber visto a mi amigo, que agradecí.

¿Sabías que en una de sus novelas tiene un personaje que se llama César y es de Ciudad Juárez?, me preguntó Magali y sonreí.

Un par de semanas después me llamó.

Tengo Covid, cuídense, me dijo.

Lo demás sobra. Murió el 4 de abril, un 4 de abril, como cierta señal, porque también un 4 de abril, pero de 2009, mi vida dio un giro cuando llegué a Xalapa decidido a quedarme en esta ciudad.

Nos quedan sus libros, nos queda Sunny Pascal y *La sangre Helada*, nos queda Supermán, y *El código nazi* y Frida y *La primavera del mal* y muchas novelas más como *Trago amargo*, como si más que un título fuera la sensación de perder a alguien demasiado cercano.